

barbero Nicolás se podrá llamar Nicoluso, como ya el antiguo Boscán, se llamó Nemoroso: al cura no sé qué nombre le pongamos, si no es algún derivativo de su nombre, llamándole el pastor Curiambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podemos escoger sus nombres, y pues el de mi señora cuadra así al de pastora como al de princesa, no hay para qué cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres.

—No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa, y más que celebrándola yo en mis versos vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de frastigo por las casas ajenas. El cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo, y si quisiere el bachiller tenerla, su alma en su ¡ahua.

—Válame Dios, dijo Don Quijote, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¿Qué de churumbelas han de llegar á nuestros oídos, qué de gaitas zamoranas, qué de tamborines, y qué de sonajas, y qué de rabeles! ¿Pues qué si entre estas diferencias de música resuena la de los albugues? Allí se verán casi todos los instrumentos pastoriles.

—¿Qué son albugues? preguntó Sancho, que ni los he oído nombrar ni los he visto en toda mi vida.

—Albugues son, respondió Don Quijote, unas chapas á modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacío y hueco, hace un són, sino muy agradable ni armónico, no descontenta y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborín: y este nombre "albugues" es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en "al:" conviene á saber, "almohaza," "almorzar, alhombra, alguacil, alhucema, almacén, alcancía" y otros semejantes, que deben ser pocos más, y sólo tres tiene nuestra lengua que son moriscos y acaban en "i," y son "borcegui," zaquizamí" y "maravedí:" "alhelí" y "alfaqú," tanto por el "al" primero, como por el "i" en que acaban son conocidos por arábigos. Esto te he dicho de paso por habérmelo reducido á la memoria la ocasión de haber nombrado albugues: y hanos de ayudar mucho á poner en perfección este ejercicio el ser yo algún tanto poeta como tú sabes, y el serlo también en extremo el bachiller Sansón Carrasco.

Del cura no digo nada; pero yo apostaré que debe tener sus puntas y collares de poeta, y que las tenga también maese Nicolás no dudo en ello, porque todos ó los más barberos son guitarristas y copleros.

Yo me quejaré de ausencia; tú te alabarás de firme enamorado;

el pastor Carrascón de desdenado, y el cura Curiambro de lo que él más puede servirse, y así andará la cosa que no haya más que desear. A lo que respondió Sancho:

—Yo soy, señor, tan desgraciado, que temo que no ha de llegar el día en que en tal ejercicio me vea.

—Oh qué pulidas cucharas tengo de hacer cuando pastor me vea! ¿Qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas y qué de zarandajas pastoriles! que, puesto que no me granjeen fama de discreto, no dejarán de granjearme la de ingenioso.

Sanhica, mi hija, nos llevará la comida al hato. ¡Pero guarla! que es de buen parecer, y hay pastores más maliciosos que simples, y no querría que fuese por lana y volviese trasquilada; y tan bien suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos como por las ciudades, y por las pastoriles chozas como por los reales palacios, y quitada la causa se quita el pecado, y ojos que no ven corazón que no quisbra, y más vale salto de mata que ruego de hombres buenos.

—No más refranes, Sancho, dijo Don Quijote, pues cualquiera de los que has dicho, basta para dar á entender tu pensamiento, y muchas veces te he aconsejado que no seas pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos; pero pareceme que es predicar en desierto: y castígame mi madre, y yo trompójelas.

—Páreceme, respondió Sancho, que vuesa merced es como lo que dicen: Dijo la sartén á la caldera, quítate allá, ojinegra. Estáme reprehendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos.

—Mira, Sancho, respondió Don Quijote, yo traigo los refranes á propósito, y vienen, cuando los digo, como anillo en el dedo; pero tráelos tú tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guías; y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulación de nuestros antiguos sabios; y el refrán que no viene á propósito, antes es disparate que sentencia. Pero dejémoslos desto, y pues ya viene la noche, retirémos del camino real algún trecho, donde pasarémos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana.

Retiráronse, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrecheces de la andante caballería usadas en las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, así de Don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho, y de Don Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de día, ni siempre de noche, y así pasó aquélla durmiendo, y su amo velando.



CAPITULO LXVIII.

De la cerdosa aventura que le aconteció á Don Quijote.

ERA la noche algo obscura, puesto que la luna estaba en el cielo, y en peso y arrebatadamente á Sancho y á Don Quijote Diana se va á pasear á los antípodas, y deja los montes negros y los valles oscuros. Cumplió Don Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño sin dar lugar al segundo; bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexión y pocos cuidados. Los de Don Quijote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho, y le dijo:

—Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condición. Yo imagino que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, yo me desmayo de ayuno cuando tú estás perezoso y desalentado de puro harto.

De buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate por tu vida, y desvíate algún trecho de aquí, y con buen ánimo y denuedo agradecido date trescientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los de del desencanto de Dulcinea: y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Después que te hayas dado pasaremos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde ahora principio al ejercicio pastoril que hemos de tener en nuestra aldea.

—Señor, respondió Sancho, no soy yo religioso para que desde la mitad de mi sueño me levante y me discipline, ni menos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamás el pelo del sayo, no que al de mis carnes.

—Oh alma endurecida! Oh escudero sin piedad! Oh pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso hacer! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propinexas de ser conde, ó tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas más de cuanto tarde en pasar este año, que yo "post tenebras spero lucem."

—No entiendo eso, replicó Sancho; sólo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los huma-

nos pensamientos, manjar que quita el hambre, agua que ayunta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templá el ardor, y finalmente moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto.

Sólo una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia.

—Nunca te he oído hablar, Sancho, dijo Don Quijote, tan elegantemente como ahora, por donde vengo á conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: No con quien naces sino con quien paces.

—¡Ah pesia tal! replicó Sancho, señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refranes, que también á vuesa merced se le caen de la boca de dos en dos mejor que á mí, sino que debe de haber entrado los míos y los suyos esta diferencia: que los de vuesa merced vendrán á tiempo y los míos á deshora; pero en efecto todos son refranes.

En esto estaban cuando sintieron un sordo estruendo y un áspero ruido que por todos aquellos valles se extendía.

Levantóse en pie Don Quijote, y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debajo del rucio, poniéndose á los lados el lio de las armas y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo como alborotado Don Quijote.

De punto en punto iba creciendo el ruido y llegándose cerca á los dos temerosos: á lo menos al uno, que al otro ya se sabe su valentía. Es pues el caso que llevaban unos hombres á vender á una feria más de seiscientos puercos, con los cuales caminaban á aquellas horas, y era tanto el ruido que llevaban y el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oídos de Don Quijote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podía.

Llegó de tropel la extendida y gruñidora piara, y sin tener respeto á la autoridad de Don Quijote ni á la de Sancho, pasaron por encima de los dos, deshaciendo las trincheras de Sancho, y derribando no sólo á Don Quijote, sino llevando por añadidura á Rocinante. El tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos, puso en confusión y por el suelo á la albarda, á las armas, al rucio, á Rocinante, á Sancho y á Don Quijote.

Levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada diciéndole que quería matar media docena de aquellos señores y descomedidos puercos; que ya había conocido que lo eran. Don Quijote le dijo:

—Déjalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es, que á un caballero andante vencido le coman adivas, y le piquen avispas, y le hollen puercos.

—También debe de ser castigo del cielo, respondió Sancho, que á los escuderos de los caballeros vencidos los puncen moscas, los coman piojos, y les embista la hambre. Si los escuderos fuéramos hijos de los caballeros á quien servimos, ó parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la cuarta generación. Pero ¿qué tienen que ver los Panzas con los Quijotes? Ahora bien, tornémosnos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medraremos.

—Duerme tú, Sancho, respondió Don Quijote, que naciste para dormir, que yo que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al día daré rienda á mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete, que sin que tú lo sepas anoche compuse en la memoria.

—A mí me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar á hacer coplas no deben de ser muchos: vuesa merced coplee cuanto quisiere, que yo dormiré cuanto pudiere; y luego tomando en el fueo cuanto quiso, se acurrucó y durmió á sueño suelto, sin que fianzas ni deudas ni dolor alguno, se lo estorbaba.

Don Quijote, arrimado á un tronco de una haya, ó de un alcornoque que (Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era), al són de sus mismos suspiros cantó desta suerte:

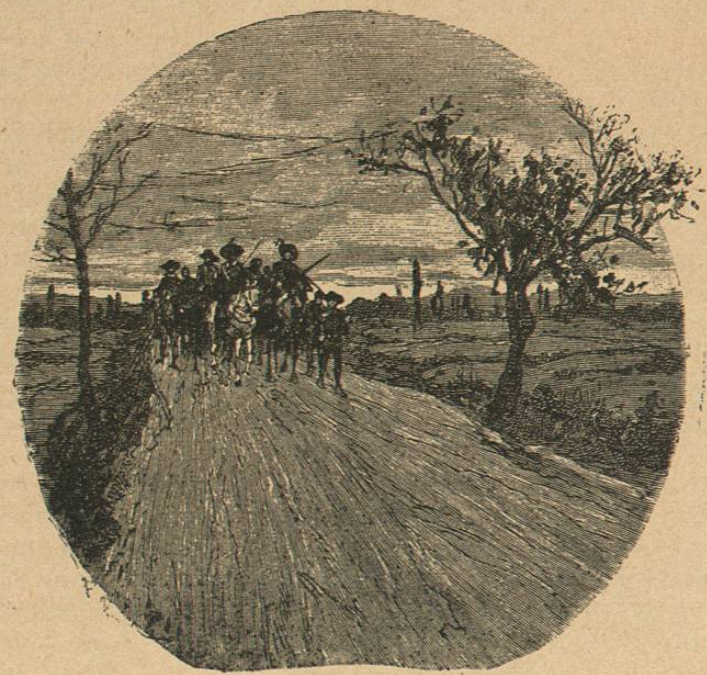
Amor, cuando yo pienso
en el mal que me das terrible y fuerte,
voy corriendo á la muerte,
pensando así acabar mi mal inmenso:

Mas en llegando al paso,
que es puerto en este mar de mi tormento,
tanta alegría siento,
que la vida se esfuerza y no le paso.

Así el vivir me mata,
que la muerte me torna á dar la vida:
¡Oh condición no oída,
la que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso destes acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazón tenía traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea.

Llegóse en esto el día, dió el sol con sus rayos en los ojos á Sancho: despertó y esperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros: miró el destrozo que habían hecho los puercos en su repostería, y maldijo la pira y aun más adelante.



Finalmente, volvieron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que hacia ellos venían hasta diez hombres de á caballo, y cuatro ó cinco de á pie. Sobresaltóse el corazón de Don Quijote, y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba traía lanzas y adargas, y venía muy á punto de guerra. Volvióse Don Quijote á Sancho, y díjole:

—Si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene, la tuviera yo por tortas y pan pintado, pero podría ser fuese otra cosa de la que tememos.

Llegaron en esto los de á caballo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna rodearon á Don Quijote, y se las pusieron á las espaldas y pechos amenazándole de muerte.

Uno de los de á pie, puesto un dedo en la boca en señal de que callase, asíó del freno de Rocinante, y le sacó del camino; y los demás de á pie, antecogiendo á Sancho y al rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba á Don Quijote, el cual dos ó tres veces quiso preguntar adónde le llevaban, ó qué querían; pero apenas comenzaba á mover los labios, cuando se los iban á cerrar con los hierros de las lanzas, y á Sancho le acontecía lo mismo, porque apenas daba muestras de hablar, cuando uno de los de á pie con un agujón le punzaba, y al rucio, ni más ni menos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y más cuando oyeron que de cuando en cuando les decían:

—Caminad trogloditas; callad, bárbaros; pagad, antropófagos; no os quejéis, scitas, ni abráis los ojos, Polifemos matadores, leones carniceros, y otros nombres semejantes á éstos, con que atormentaban los oídos de los miserables amo y mozo. Sancho iba diciendo entre sí:

—¿Nosotros tortolitas, nosotros barberos ni estropajos, nosotros perritas, á quien dicen cita cita? No me contenta nada estos nombres, á mal viento va esta parva, todo el mal nos viene junto como al perro los palos, y ojalá parase en ellos los que amenaza esta aventura tan desventurada.

Iba Don Quijote embelesado, sin poder atinar con cuántos discursos hacía qué serían aquellos nombres llenos de vituperios que les ponían, de los cuales sacaba en limpio no esperar ningún bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto en hora casi de la noche á un castillo, que bien conoció Don Quijote que era el del duque, donde había poco que habían estado.

—¡Válame Dios! dijo así como conoció la estancia, ¿y qué será esto? Sí, que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal, y el mal en peor. Entraron en el patio principal del castillo, y viéronle aderezado y puesto de manera que les acrecentó la admiración y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.



Amor, cuando yo pienso en el mal que me das terrible y fuerte, voy corriendo á la muerte